

*"Tú eres mi Hijo amado; en Ti tengo complacencia" (Mc. 1:11)*  
Sal.29; Gn. 1:1-15; Ro. 6:1-11; Mc. 1:4-11

Hohenau,  
Jesús,  
Cap. Miranda.

### **Introducción**

El 6 de enero fue conmemorado el conocido "Día de Reyes Magos". El día de reyes nos recuerda que Jesús se manifiesta como el Salvador de las naciones gentiles, esto es, de las otras naciones además de Israel. Esa manifestación de Jesús a los reyes mayos, que en la tradición de la iglesia eran tres, y que se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar, esa manifestación tiene un nombre, es la "epifanía". Esa palabra significa precisamente "manifestación". Por eso, a partir del día de reyes, celebramos hoy el primer domingo de "epifanía", o sea, de la manifestación del Señor. Pero en el evangelio de hoy es el Padre celestial quien manifiesta algo de Jesús. Dios dice: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia".

### **1. "Tú eres mi Hijo amado"**

Recordamos la escena. Jesús tiene ya aproximadamente treinta años. Juan el Bautista aparece proclamando al pueblo que se arrepienta de sus pecados, antes de que se manifieste o aparezca el Salvador, el Mesías prometido por Dios a Israel hacía ya mucho tiempo atrás, desde el tiempo de Moisés, cuando este dijo: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Dt. 18:15). Dios también prometió este Mesías y Salvador al rey David, cuando le anunció: "Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas... y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo" (2 Sa. 7:12-14). Ahora este Salvador viene y se le aparece o se manifiesta a Juan el Bautista, en el desierto de Judea, mientras bautiza a la gente en el río Jordán. También Jesús es bautizado por Juan en el Jordán. En ese momento, "cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (Mc. 1:10-11).

Para comprender debidamente este pasaje, debemos comprender que el evangelista Marcos no nos está enseñando que el bautismo es para gente grande, para los adultos. Eso lo enseñan los fanáticos, los que parece que odian a los niños, porque les impiden llegar al sacramento del Bautismo, con el cual Dios los salva del pecado y la muerte eterna. No. Lo que Marcos el evangelista quiere enfatizar, es que Jesucristo es el Hijo de Dios, un Hijo tan exclusivo, tan único, un Hijo tan especial, que el mismo Dios Trino Aparece: está el Hijo, el Espíritu Santo desciende en forma corporal en forma de paloma sobre el Hijo (la paloma simboliza la paz), mientras que el propio Padre habla desde los cielos: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia". Es una escena maravillosa, admirable, que nos enseña que el verdadero y único Dios, es el Dios Trino, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo y eterno Dios en tres personas distintas, pero que sin embargo comparten y tienen el mismo poder, la misma majestad, el mismo honor y la misma y única esencia divina. Cómo puede ser que Dios sea a la vez uno y tres, esto no lo podemos comprender con la razón, por eso es un misterio de nuestra fe, un misterio que enseñamos y confesamos. Los sectarios y los fanáticos hay dicen que es un solo Dios, con eso nosotros también estamos de acuerdo. Pero ellos niegan que en la misma esencia de Dios, sin embargo haya tres personas diferentes, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso el apóstol Juan, en su primera carta, se atreve a decir que, quien niegue una cosa diferente sobre Dios, sin importar lo muy piadosos que parezcan, pertenecen y son personas confundidas, dominadas por pensamientos satánicos: "¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre" (1 Jn. 2:22-23). Por eso el pensamiento de los Testigos de Jehová, y de los islámicos es contrario al testimonio de la Sagrada Escritura: afirman que hay un Dios, pero niegan la Trinidad.

Por eso no tienen comunión con nosotros, porque no tienen el verdadero testimonio sobre quien es realmente Dios, y especialmente, sobre quién es en verdad Jesucristo.

El Padre celestial dice claramente sobre Jesús: "Tú eres mi Hijo amado". Y esto, además, Dios te lo está diciendo claramente a ti también: "Tú eres mi hijo amado". Ser amado por Dios, es llegar a tener con Él una relación especial. Somos hijos de Dios, esta es la verdad. Mediante el Bautismo recibimos la unción del Espíritu Santo, y con él, todos sus dones: el perdón de nuestros pecados, la adopción como hijos de Dios, y la vida eterna. Son aspectos de nuestra vida cristiana demasiado grandes como para ser tratados en un solo sermón. Por eso tenemos el catecismo, y la catequesis en la congregación, para meditar detenidamente en estos misterios de nuestra fe. Lamentablemente, varios de ustedes pareciera ser que no saben y no se sienten hijos de Dios. Esta es una situación triste. El trabajo, las ocupaciones del día a día, pareciera que frenan esta relación de Padre a hijo que disfrutamos con Dios gracias a Jesucristo. Con demasiada frecuencia nos comportamos como bestias salvajes, antes que como mansos corderos. Y todo esto, ¿por qué? Porque olvidamos que somos hijos de Dios. Pero la promesa especial de Dios está hecha para ti también. Dios hoy te dice: No te desesperes, todavía hay oportunidad, a pesar de eso malo que hiciste... Tú eres mi hijo amado.

## **2. "En Ti tengo complacencia"**

Y Dios dice de Jesús algo más: "En Ti tengo complacencia". Es como si el Padre celestial le estuviera diciendo a su Hijo Jesús: Hijo mío, estoy contento contigo, y tengo un cariño especial por ti, tú eres el tesoro más precioso de mi corazón, eres el espejo de mi propio ser, el reflejo fiel de quién soy. Eres mi propio yo. Y en esa relación de amor del Padre con el Hijo aparece el Espíritu Santo, en forma de paloma, para indicar también que en una relación de amor, el fruto es la paz, la concordia, la comunión. Y Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos incorpora a nosotros también en esa comunión de amor, de paz y de concordia mediante el sacramento del santo Bautismo. El amor de Dios por nosotros no resulta espectacular a nuestros propios ojos. Según nuestro parecer, el Bautismo es solamente un poco de agua derramada sobre la cabeza de un bebé, y nada más. Pero la palabra del evangelio nos enseña que cuando se une la palabra al elemento se hace un sacramento, o sea, un acto ordenado por Dios con el cual él entrega los dones que Cristo obtuvo por nosotros en la cruz del calvario: perdón de pecados y vida eterna. Por eso los sacramentos son dos: Bautismo y Santa Cena, como bien lo indica el hecho de que cuando Cristo murió en la cruz, "uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, al instante salió sangre y agua" (Jn. 19:34). El evangelista Juan nos enseña en este pasaje que el don del Espíritu Santo, el Bautismo y la Santa Cena están interconectados, porque los tres provienen de Cristo, y dan testimonio de Cristo. Como está escrito: "Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan" (Jn. 5:8). Y el testimonio compartido y único del Espíritu Santo en nuestros corazones, a través del evangelio, del bautismo y de la santa comunión o santa cena, de parte de Dios a nosotros hoy, es este: No te desesperes, todavía hay oportunidad, Tú eres mi hijo amado, en ti me alegro, en ti tengo complacencia. Amén.